

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO: 9
Padre Arnaldo Bazán

“Por eso les digo: Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro”(12,31-32).

Podríamos decir que ésta es la conclusión de toda la diatriba en contra de la actitud negativa de los fariseos, que ciertamente, al negar la acción del Espíritu Santo en Jesús, estaban cometiendo un grave pecado.

Por supuesto que los fariseos, al igual que los demás judíos de entonces, no conocían al Espíritu Santo. La revelación de la existencia de la tercera Persona de la Trinidad la hará Jesús al final de su estancia en la tierra.

Pero ellos sí conocían al verdadero Dios revelado a Abrahán, Moisés y los profetas, y sabían que oponerse a la acción de Dios era como pronunciar una palabra o blasfemia contra el Altísimo.

Por eso Jesús les advierte que se están poniendo en un gravísimo peligro, pues si solo fuera criticarlo a El podría pasar, pero tratándose de una postura que los enfrentaba a Dios, su pecado venía a ser imperdonable.

Son muchas las explicaciones que se han dado, para tratar de comprender en qué consiste esta blasfemia contra el Espíritu Santo. El mal ejemplo de los fariseos puede darnos una pista.

Ellos estaban rechazando la gracia que Dios les ofrecía por medio de Jesús. Al contrario del pueblo, que al menos lo tenía como un profeta, si no como el propio Mesías, ellos hasta le acusaban de estar en contubernio con Satanás. Ya eso era ir demasiado lejos.

Y lo hacían porque no querían perder sus privilegios frente a un pueblo pobre y humilde, que aceptaba su liderazgo aunque fuera de mala gana. Los guiaba el egoísmo, que no el celo que llevó a Saulo a perseguir a la Iglesia.

Eran dos actitudes totalmente diferentes. Saulo, por cierto, era también fariseo, como él mismo confiesa (ver Filipenses 3,5). Pero se dejó guiar por el Espíritu Santo y se convirtió en un gran apóstol de Jesús.

Lo importante para nosotros, que no somos fariseos, es saber que podemos cometer este pecado imperdonable, cuando nos cerramos a la acción del Espíritu y rechazamos su gracia como lo hicieron casi todos ellos.

Tendremos que dar cuentas a Dios de todas las oportunidades que El nos da para convertirnos. Podemos poner todas las excusas, pero si no hacemos caso, perderemos el Reino por nuestra propia culpa.